

EL SEMANARIO CATÓLICO.

REVISTA RELIGIOSA, CIENTÍFICA Y LITERARIA.

Núm. 23.

Alicante 29 de Abril de 1871.

Año II.

Á NUESTROS SUSCRITORES.

Con este número llegamos al fin del primer trimestre de la segunda época, inaugurada por nosotros, después de amargos días de tribulación y angustia.

Al llegar á este punto, no podemos menos de aplaudir la constancia con que nuestros antiguos suscritores nos han sostenido en nuestro empeño, y el religioso celo con que otras muchas personas han venido á aumentar con sus nombres y con su influencia las listas ya numerosas de suscripción.

A unos y á otros damos las mas expresivas gracias por la buena acogida que han dispensado á nuestros humildes escritos, únicamente encaminados á la propagacion y defensa de la doctrina católica.

Reconocidos, como estamos, en primer término al hoy tan pobre como virtuoso Clero, hemos procurado hacer de nuestra parte cuanto hemos podido en su obsequio, facilitándole los medios de adquirir nuestro SEMANARIO.

Gracias á Dios, que se ha dignado bendecir nuestra obra: ésta se consolida, y si cada uno de nues-

tros suscritores formase el empeño de traer, aunque solo fuera otro mas, bien de sus convecinos, bien de otras muchas poblaciones en donde todavía no se conoce nuestra publicacion, podríamos esperar nuevos triunfos, porque la luz de la verdad desgarrá con vivísimo resplandor las mas densas tinieblas con que el error oscurece el entendimiento y la razon.

Poblaciones de importancia que cuentan con sabias y religiosísimas publicaciones, han aceptado con gusto la nuestra, mereciendo de estos sinceros cuanto inmerecidos plácemes: llevémosla tambien por los campos, por las aldeas, por los pueblos de corto vecindario: ya que Dios permite en sus altos designios germine en ellas el mal, ahoguémosle con la abundancia del bien, como enseñaba nuestro eminente Balmes.

Un esfuerzo mas, y según digimos al reanudar nuestras humildes tareas, «tanto nosotros como nuestros suscritores podremos un dia darnos el parabien de haber contribuido á una buena obra.»

EL PRINCIPIO DEL FIN.

Esas palabras del epígrafe, pronunciadas tiempo há por lábios elocuentes, escritas por elegante pluma, é inspiradas por un talento reconocido, despues de haber dirigido una inteligente mirada sobre esa ansiedad y temor universal en que se remueve el mundo, son harto graves y demasiado serias para que hayan pasado sin conmovér á quien tuviere aun un átomo de fé en el fondo de su alma.

Hay, sin duda, considerable número de gentes que ven un porvenir distinto para nuestro siglo, y hacen gran burla, en su ilusión, de todo pronóstico funesto. La animación y brios de tales gentes anuncian una gran fiesta, un triunfo apetecido con delirio. El hombre que hoy se reconcentra á meditar en la posibilidad de ese estruendoso triunfo, siente enfriarse en su corazón la sangre que corre por sus venas, cae sobre su alma un paño de luto, y mira al cielo, temeroso de ver pintada con fuego la espada que amenaza á Jerusalem con horroroso estérminio. El mundo, henchido de civilización y adelantos; el mundo, en su asídua tarea de llegar al colmo de su bienestar, confiesa con sincero dolor la secreta angustia que le mortifica, y tiene como miedo y vergüenza de decirnos todo lo que teme y todo lo que espera de infausto. Si quisiéramos antonar sobre él una lamentación sentida y profética, hablándole al-

gunas palabras terribles, el siglo que cree en un Dios mudo, indiferente á los rumores que se levantan de la tierra, trataria de loco al profeta que se inspirára en una página de la Biblia.

Pero ello no tiene duda; antes de una gran descomposición, aparecen síntomas infalibles con los que aquella se anuncia y por los que se teme; en el cuerpo humano comienza á veces antes de la agonia; en las grandes civilizaciones se ha presentado antes de su derumbamiento, y nuestro siglo está tocando el principio de las tremendas convulsiones que preceden á la muerte de algunos enagenados. La enfermedad se ha desarrollado casi á la vista de nuestra juventud y ha tomado proporciones increíbles con asombrosa rapidez.

Cuando algunos grandes pensadores, despues de estudiar maduramente la historia universal, nos señalan á punto fijo los accidentes que con mas ó menos lentitud han arruinado un imperio famoso, ó han acabado con una civilización, nos asombra el criterio con que han discurrido los sábios, enseñándonos á tener gran miedo de esos acontecimientos. — Lo que de una nación aislada han juzgado esos talentos, puede hoy sin temor juzgarse de Europa y del mundo. Trastornada la inteligencia entre los grandes poderes y entre los poderes pequeños, desconocida la base y fundamento de los derechos, relajadas las costumbres y menos pre-

ciada la religion, que todo lo une y fortifica, no puede ser lisonjera la esperanza, y parecen sueños infantiles, caprichosos juguetes, todas esas combinaciones con que han querido distraer el mal estar de la accidentada Europa. Los hechos escandalosos, los grandes rompimientos y los repetidos trastornos, demuestran bien tristemente que no hay equilibrio en los Estados. La escasa importancia que acaba de darse á la mas conmovedora tragedia, y la impasibilidad con que mira el mundo político lo que le hubiera alarmado ayer con amarga consternación, prueban con claridad la enervación de sus fuerzas y el desaliento de su alma.

Un dique le queda que salvar al torrente para manchar de sangre y revestir de luto ese manto de oro-pel con que nuestra sociedad oculta sus hondas llagas; si mañana aparece roto ese dique contra el que hace tiempo se lucha, atronará las nubes el estruendo de la tierra y consternará los vientos el llanto de los pueblos. Entonces verá la civilización moderna, en lección sangrienta, que figuróse escapar de las manos de Calígula, para caer bajo el azote de Atila. Todas las miradas se dirigen hoy á aquel importante dique que puede salvar aun la fluctuante nave, ó puede arrojarla rota en pedazos al fragor de la tormenta. Lo primero parece imposible atendido el escaso número de héroes que vienen al sitio del peligro: lo segundo espanta. Pero sobre todo con-

ficto de la tierra está la providencial sabiduría de los cielos. Cuando en los humanos recursos no hay conocido medio para evitar un cataclismo, solo puede y debe esperarse en Dios, cuyo poder invencible fuere el desvío de la ciega humanidad.

Si Dios permite ese trastorno universal que marcan los termómetros de Europa, si el torrente se desborda arrastrando estorbos y saltando vallas, si en su revuelto oleage llena de iniquidades la tierra, una de dos: ó ha permitido Dios una de las grandes expiaciones que purifican el mundo, ó el mundo estará para entrar en el periodo de agonía, ó lo que es igual, el mundo entrará en el *principio del fin*.

J. B.

La Cruz, escogida revista religiosa que se publica en Madrid, se hace cargo en un bello y razonado artículo, del *meeting* de obreros celebrado en aquella capital el 5 de Marzo, reseñando y combatiendo los trascendentales errores proclamados por un ciudadano. «Con grande aplauso de la inmensa concurrencia, dice aquel periódico, sostuvo el orador que la propiedad es un robo, el dinero un crimen, Dios un mito, y la tierra de todos los hombres, y que por tanto, debe ser poseida por todos en comun.»

No trasladamos á nuestras columnas por falta de espacio las oportunas reflexiones que tan estúpidos asertos ofrecen á la eminente pluma del articulista de *La Cruz*.

PROCESION DEL SANTO VIATICO

PARA LOS ENFERMOS.

El domingo último por la mañana salió de la Iglesia Colegial de San Nicolás, como de costumbre, esta procesion conocida entre nosotros con el nombre de *Comulgar general*.

Nada tendria de particular este acto religioso repetido todos los años, si en él no encontrásemos algunas particularidades que consuelan el corazon de los verdaderos creyentes, en una época en que, por un doloroso concurso de circunstancias, parece que se ha levantado una infernal conjuracion contra nuestra fé. ¿Quién puede ponerlo esto en duda, cuando observa por todas partes la impiedad que forcejea y violenta nuestras arraigadas creencias por abrirse paso! cuando levanta la cabeza la heregia y pretende sentar sus reales entre nosotros, y cuando se manchan las manos de la niñez y de la juventud con libros impios é inmorales, esas delicadas manos que debieran manejar el libro de la doctrina santa, como lo hicieron nuestros padres, cuyas venerandas costumbres apenas nos atrevemos á recordar é imitar?

En medio de la atmósfera que nos rodea y de los enemigos de nuestra salud espiritual que invaden nuestro territorio, es altamente consolador y digno por mil conceptos de conmemoracion el acto religioso y solemne á que nos referimos, y el aspecto y movimiento que presentó la poblacion. Verificóse la procesion con pompa, con magestad, con la gravedad y respeto que el acto demanda, y con acompañamiento superior al de otros años y afluencia inmensa de gentes por todos los puntos del tránsito, que reverentemente presenciaban el paso

de la religiosa comitiva, sin que ningun desacato ni el mas pequeño acto impropio viniera á perturbar el orden de la funcion religiosa, que en aquellos momentos preocupaba al pueblo.

Digna de elogio es esta piadosa conducta, que dá mas relieve á los timbres de cristiano y católico con que se ha distinguido siempre nuestro pais; pero mas digno de tenerse en cuenta y de aprecio es el saludable efecto que produce esta *pacífica manifestacion* del pueblo creyente; que por su indole influye de un modo tan saludable en la moralidad, blandura y religiosidad de nuestras costumbres; porque si el movimiento fascinador y multiforme de las fiestas mundanales esparce el espíritu y le derrama en mil objetos diferentes, de los que ninguna utilidad real y permanente ha de sacar, en cambio estas fiestas religiosas le encaminan hácia el objeto de las mas altas inspiraciones, y le purifican replegándole en sí mismo y elevándole á regiones, cuanto mas encumbradas, tanto menos espuestas á ser envueltas en el oleaje de nuestras pobres pasiones.

La gandezza y esplendidez de la ceremonia religiosa á que nos referimos, es al mismo tiempo el mas auténtico y profundo reconocimiento del gran dogma de nuestra fé, base fundamental de nuestra santa religion, á saber, de la Sagrada Eucaristía. Este es el riquísimo tesoro, el legado inapreciable de su inmenso amor, que Juesucristo nos dejó por herencia en su testamento, como prenda de su eterna alianza con el hombre, y como firmísimo cimiento del indestructible edificio que levantó para la salvacion eterna de la humanidad, su divina Iglesia. Pues bien, los actos públicos de piedad, de veneracion, de respeto, de alabanza y de accion de gracias que, en

la fiesta de que hablamos, ostensiblemente prodigaba el pueblo cristiano, iban encaminados directamente á honrar y ensalzar aquel Divino Sacramento sobre el cual nada hay mas grande en el cielo ni en la tierra. Reconocimiento unánime y manifiesto, que prueba, de una parte, la divina magestad y poder inmenso de aquel augusto Sacramento; y de otra, las elocuentes manifestaciones de la fé que aun vive en nuestros corazones y aun nos alienta, por mas que se hagan estériles esfuerzos para arrancarla de ellos por quienes ante ella debieran tener dobladas sus dos rodillas. ¡Llor por siempre al pueblo que así sabe guardar sus venerandas creencias, y lástima, y compasion, y oraciones para los que en vano intentan, estraviándose, precipitarse en el abismo de la duda y de la incredulidad!

Este divino Sacramento, este Pan de los Angeles, es el que la multitud acompañaba á las casas de los enfermos é impedidos, imposibilitados de ir por sí á recibirle al templo, en cumplimiento del precepto pascual. De modo, que el pueblo, festejando el acto solemne con que la Iglesia acude á este cumplimiento por parte de los impedidos, ha reconocido, ha proclamado y ha enaltecido el precepto pascual, que dolorosamente se mira por tantos infelices con punible frialdad é indiferencia.

Debemos tomar nota de estos hechos, por lo que tienen de significativos y trascendentales en el orden religioso y moral de las ideas. El principio religioso no está muerto entre nosotros ¡loado sea Dios!

Ni ¡cómo ha de estar muerto, si le vemos muchas veces, cual en la ocasion de que tratamos, levantar nuestras almas y enardecer nuestros corazones con el fuego sagrado, que solo enciende y

mantiene vivo el amor de Jesús? No ha muerto; solo sí que por sobre él encontramos mucha escoria que derraman nuestras pasiones inmoderadas, y mucha maleza que hacen crecer nuestros vicios y malos hábitos. Limpiemos la escoria con una vida sinceramente cristiana, y arranquemos la maleza con la práctica de las virtudes, y aquel principio reverdecerá y fructificará en el corazón de esta enferma sociedad, para cuya salud presente y venidera no es dable encontrar mas eficaz, seguro y espedito camino. *Yo soy el camino, la verdad y la vida*, ha dicho Aquel en quien no cabe ni la posibilidad de engaño, en quien, y solo en El, tiene eterno asiento toda verdad.

M. S.

EN VÍSPERA DE MAYO.

Á la Virgen María.

A los pies de tus altares
La noche y dia
Vendré yo con mis cantares,
Que siempre son de pesares
Virgen María.

Que en perlas tal vez trocadas,
Lágrimas de acerbo llanto,
A la luz de tus miradas
Veré, pues son derramadas
En los pliegues de tu manto.

Y siempre el alma que llora
Penas de la vida aciaga,
Martirio que la devora,
Bajo ese manto, Señora,
Su fiebre mortal apaga.

Por eso hasta tus altares
La noche y día
He de llevar mis cantares,
Que siempre son de pesares
Virgen María.

Seré risa al lábio impío,
Si en las arenas del mundo
Se derrama el llanto mio,
Cual se derrama el rocío
Sobre el desierto infecundo.

Pero en ese blando seno
Si mi corazón suspira,
Al alma el llanto es ameno,
Por que eres el mar sereno
Donde esperanzas respira.

Por eso va á tus altares
La noche y día
El alma con sus cantares,
Que siempre son de pesares
Virgen María.

Los ayes del desvalido
Que hasta tus pies destrozado
Se arrastra con pecho herido,
Sus labios con el gemido,
Y el corazón desgarrado.

Mueven tu divina entraña,
Como los ayes de un hijo.
Que herido por mano extraña,
El pecho á su madre daña
Con su lamento prolijo.

Por eso hasta tus altares
La noche y día
Lleva el alma entre pesares
Los ayes de mis cantares
Virgen María.

J. B. y B.

29 de Abril 1871.

Extracto de una carta que el conde de Masaira, hoy hermano María José de los Angeles, dirigió á su hermana la condesa de Wissemborg.

Antes de empezar mi noviciado en la abadía de B., voy á referirte la entrevista que tuve con el R. P. de Bray, en su celda, el 29 de mayo de este año.

Haciéndole el relato de mi agitada vida le dije:

Tengo treinta y dos años, nací en Nápoles y me llamo el conde José de Masaira: mis padres se esforzaron siempre en educarme cristianamente; eran ricos propietarios, pero se arruinaron y partieron de su patria, retirándose á Marsella, donde mi padre entró de dependiente en una riquísima casa de comercio. Fui devoto hasta la edad de 18 años, en cuya época y en pocos dias quedamos huérfanos mi hermana María y yo. Salimos para Paris en donde jugué á la Bolsa, y en poco tiempo tuve la fortuna de ganar 700.000 francos.

Al verme mas rico de lo que podia desear, puse á mi hermana en un convento á fin de tener mas libertad y librarme de sus consejos, que empezaban á cansarme. Quedé solo y di rienda suelta á mis pasiones.

Los celestiales consuelos desaparecieron como el relámpago, y mi alma pasó rápidamente desde el resplandor del claro dia á las mas espesas tinieblas. Creyéndome privado de las bondades de mi Dios, y sujeto á la mas dura é ignominiosa esclavitud y hallarme en un rincón del infierno, empecé á darme al mal en cuerpo y alma, esperando hallar en la rebelion contra Dios algun consuelo.

Viajaba por toda Europa, librándome en todas partes á los placeres y gustos del mundo. De Viena fui á Roma, donde

tuve el placer de conocer al piadosísimo padre de Villefort. ¡Qué hombre tan admirable! ¡Qué caridad! ¡Qué distinción en sus maneras!

—¿Cómo le conoció V., señor conde? dijo el P. de Bray.

—Conoci en Nápoles la familia de los príncipes de Brescia, que encontré luego en Roma, y les acompañé al locutorio del *Gesu* en donde encontré á este virtuosísimo Padre. Mas tarde dijo la misa en la capilla de S. Ignacio y despues dió á cada uno de nosotros una estampa de Nuestra Señora de la Strada firmada por el M. R. P. General.

Visité tambien al Egipto, sus famosas pirámides, sus reales necrópolis y sus gigantescas ruinas. He visto el valle de Tempe, los bosques del Olimpo, las costas del Atico y el Peloponeso, las ruinas de Palmira y los capiteles del templo del Sol: Allí donde floreció una ciudad opulenta, y fué centro de un poderoso imperio, reina un torvo silencio; solo de vez en cuando se percibe el lúgubre grito de alguna ave nocturna ó algun chacal.

—Pero, señor conde, me dijo el P. Bray, la soledad debe serle á V. funesta, pasaria V. momentos terribles.

—No estaba nunca solo, Padre. Una jóven que conocí en París me acompañaba por todas partes: sin ella hubiera muerto de tristeza.

—¿Vino V. con ella á Tolosa?

—Sí, padre, ella es precisamente la que me trae aquí. Me dejó hace nueve dias. ¡Si V. supiera lo que yo sufro! parece que me hallo en el infierno.

—Pero, amigo mio, ¿por qué se marchó? ¿No estaba V. casado con ella?

—Veinte y cinco dias hacia que habíamos llegado, cuando le dió el capricho de ir al santuario de Ntra. Sra. de los Angeles. Ningun buen propósito nos guiaba; queria sencillamente burlarse

de V. é insultarle en la misma iglesia. Quiero vengarme de Ntra. Sra. de los Angeles, decia, por la conversion de Edmundo. Acostumbrado á hacer lo que queria entré de lleno en sus planes, y salimos por la mañana temprano hácia el santuario.

Quince años hacia que no habia entrado en iglesia alguna para adorar á Dios; lo habia olvidado enteramente, no sabia rezar; mi Dios eran los placeres y diversiones del mundo. ¡Cuánto me fastidiaba esta excursion!

Hablaba con la jóven; pero ¡qué conversaciones, Padre, qué conversaciones! Solo Dios lo sabe, y á pesar de esto Ntra. Sra. de los Angeles nos ha tratado como á sus hijos predilectos y muy queridos. Júzguelo V. mismo. Durante la misa tuvimos la dicha de ver un innumerable ejército de Angeles que asistian al sacrificio al rededor del altar. Veíamos tambien gran número de Angeles por todo el recinto de la iglesia; eran hermosos como el sol y cantaban en coro el honor y la gloria de la Reina de los cielos. Al llegar á la consagracion se prosternaron con la cara en el suelo, tapándose con sus alas. Despues de la elevacion reanudaron sus cánticos hasta el fin de la misma. Ea capilla estaba inundada de celestial resplandor, que esparciéndose por todas partes daba de lleno sobre tres piadosas religiosas de admirable recogimiento. Un clérigo nos dijo despues que eran hermanas de la Santa Familia de Amiens encargadas de la escuela de Pouverville. En cuanto á V., mi reverendo Padre, el sol le servia de vestidura: de su cuerpo salian torrentes de luz. Ante este espectáculo el sarcasmo desapareció de nuestros labios, y Josefina y yo doblamos la rodilla sin proferir sin embargo una sola palabra para orar.

La misa habia concluido y nos disponiamos para marchar, cuando de pronto oimos en la iglesia una voz formidable parecida al trueno pronunciando distintamente estas palabras: *Echad á estos demonios.*

Josefina sobrecogida de terror echóse á llorar sollozando, y empujados por una fuerza invisible fuimos realmente echados de la iglesia, y sin saber cómo nos hallamos en la plaza.

Nuestro regreso fué muy triste. Para colmo de desdichas, encontramos en la escalera á la dueña de la casa, buena mujer, pero extraordinariamente habladora, la cual nos abrumó con sus interminables preguntas. Josefina le contó lo que nos habia pasado en Pouvourville.

—Pero señor, dijo la Sra. Luisa, es menester alegrarse en vez de llorar, y dar gracias á Nuestra Señora de los Angeles por sus favores.

—Señora, le dije enfurecido, no necesito sus consejos, ni sus habladurías de V.: márchese V., si no quiere que la eche por la escalera.

Algunos dias despues la Sra. Luisa vino á vernos. Nos habló de V. y de Nuestra Señora de los Angeles, y quiso inscribirnos con nuestra voluntad en la lista de sus asociados. Apenas habia salido, cuando Josefina me dijo que una voz interior, le mandaba confesarse.

—¿Tú confesarte, loca? Primero quisiera verte muerta á mis piés. ¿Entiendes? Antes te mataria. Esto decia yo gritando como un energúmeno... Por fin no pudiendo contener mi furor y maldiciendo á Dios, á V., Padre mio, á Nuestra Señora de los Angeles, y á la Congregacion, me retiré al cuarto inmediato, en donde recobré la calma.

Al volver al cuarto de Josefina, ésta habia desaparecido. ¡Oh, Padre mio,

cuán largo me pareció aquel dia! Olvidé el comer, y rendido de fatiga me dormí.

Eran las ocho de la noche, y Josefina no habia vuelto todavía. Crei volverme loco. Lllaman por fin á la puerta, y corri á abrirla... Pero ¡qué es lo que veo? Un muchacho trayendo una carta.

—¿Quién te ha dado esta carta? le pregunté irritado. ¿Quién te la dió? Quiero saberlo. El muchacho en vez de responder, espantado al ver mi cólera, echó á correr, y saltando de cuatro en cuatro los escalones iba gritando: ¡Asesinos! asesinos!

Al oir estos gritos, los vecinos y viajeros salen de sus cuartos, y la Sra. Luisa irritada amenazóme con sus puños.

La contestacion fué echarle la puerta por la cara, y temblando de emocion y de rabia lei á la luz de una bujía la carta que decia así:

«Tolosa 20 de mayo de 1870.—He tenido la dicha de acercarme hoy al santo tribunal de la Penitencia; he prometido no volver á ver á V.: cuando reciba V. esta carta, ya estaré léjos de aquí.

Si hubiese amado á la Reina de los Angeles tanto como he tenido la desgracia de amar á V., seria una santa en vez de una gran pecadora. Voy á entrar en un convento para hacer penitencia: imíteme V. en el arrepentimiento. Me ha confesado el R. P. de Bray, vaya V. á encontrarle; le hablará á V. de la santísima Virgen.

»Su hermana en Nuestro Señor JESUCRISTO.—Josefina.»

Nueve dias hace, reverendo Padre, que he recibido esta carta. ¡Cuánto he sufrido en este tiempo! Ahora que sabe V. mi vida, ¿quiere V. confesarme?

Quando me levanté estaba ya convertido. El buen padre me abrazó. ¡Oh, querida hermana, que feliz me senti!

Adios, mi buen Padre, le dije al des-

pedirme, adios hasta el cielo. Mañana mismo iré á encerrarme en un convento para bendecir, amar y glorificar durante mi vida á la Reina de los Angeles; Ella me ha conducido á Dios; Ella me alcanzará misericordia. Adios para siempre, bendígame V. Su recuerdo no se extinguirá en la vida ni en la muerte.

Esta fué mi despedida del P. de Bray. Si le escribes alguna vez, dile que sin cesar pienso en él, que le quiero, que le amaré hasta mi postrer suspiro.

Adios tambien á tí, querida y buena hermana, te quiere y te abraza de corazon tu hermano y amigo para siempre.

—Hermano Maria José de los Angetes.

MOVIMIENTO

DEL MUNDO CATÓLICO.

San Alfonso María de Liguorio, ha sido declarado por el Papa *Doctor de la Iglesia*.

Los periódicos ingleses, lo mismo los católicos que los protestantes y racionalistas, hablan mucho de la sociedad fundada en Inglaterra con el título de *Catholic Union*, para defender los intereses católicos, á semejanza de la fundada en Roma con el mismo fin, bajo el nombre de *Sociedad y Union católica*. El establecimiento de la gran asociacion inglesa á que nos referimos, es, en sentir del *Tablet*, el suceso mas importante que en favor del Catolicismo ha habido en el Reino unido en mucho tiempo. Nosotros ya hemos hablado de esa asociacion, dándole la importancia que merece: pero hoy que conocemos su programa, publicado poco há, podemos ampliar las interesantes noticias dadas respecto á ella. Del programa resulta que su objeto primario es trabajar por todos los medios legales é incesantemente para la restauracion del Papa en

sus derechos de independendencia y soberanía sobre los Estados-Pontificios.

Prévia la sancion de las autoridades eclesiásticas, fué establecido que serian miembros de la asociacion todos los católicos seculares que habiendo solicitado ser admitidos en ella, hayan sido propuestos y elegidos en un meeting de la *Union*; que contribuyan con una libra esterlina anual, y que sean contribuyentes al "dinero de San Pedro."

Acerca de los demás medios para alcanzar el fin que se ha propuesto, sin escluir ninguno, la asociacion se reserva fijarlos á medida de las circunstancias y segun requieran los casos especiales. Entretanto cuidará con grande empeño de defender la causa del Padre Santo y de la Iglesia por la prensa. Para alcanzarlo con mayor facilidad habrá comisiones secundarias encargadas de la correspondencia, las cuales entablarán relaciones con los seculares notables, extranjeros y nacionales, con las asociaciones de otros paises y, en especial, con la establecida en Ginebra.

Al defender la causa pontificia, la *Union Católica* no descuidará las demás cuestiones importantes enlazadas íntimamente con el bien de la Iglesia, que es inseparable del de los Estados y de la felicidad individual.

Entre los males que la *Union* tendrá que combatir, señala el mencionado programa las modernas leyes sobre el divorcio, la educacion separada de Dios y de la religion y las disolventes doctrinas que la prensa descreida propala incesantemente por el mundo entero.

Firman este programa, como presidente el primer Marshal de Inglaterra, el duque de Norfolk, como tesoreros, los lords Petre y Arundell of Wardour, y como secretario honorario el mayor Federico Trevor.

Uno de los primeros actos de la *Union* fue enviar á Roma la diputacion encargada de depositar á los pies del Padre Santo el homenaje de veneracion, adhesion y amor de los católicos ingleses hácia su sagrada persona y la augusta dignidad de que está revestido.

El desarrollo que, apenas fundada, ha alcanzado la *Catholic Union*, y el mucho mayor que promete alcanzar, ha

alarmado de tal manera á cierta gente que la prensa descreída ó enemiga del Catolicismo, ha puesto el grito en el cielo acusando á los católicos de conspiradores. Alegan, al efecto, las numerosas asociaciones católicas que en el Universo entero se han formado para sostener los derechos del Padre Santo. En esto último no van descaminados. Empezando por la *Società per difendere i diritti della S. Sede*, fundada en Roma, y á la cual pertenece, casi sin excepcion la antigua noblesa, hasta la reciente del *Catholic Union*, compuesta asimismo por la aristocracia, á lo menos en gran parte, pasan de muchos millares las asociaciones católicas cuyo principal fin es la restauracion del Padre Santo en la plena posesion de sus Estados. Seria nunca acabar referirlas todas.

Ya saben nuestros lectores, por un telegrama que copiamos de *La Correspondencia de Ginebra*, que en el Parlamento aleman fué rechazada una enmienda de los católicos para que el Gobierno interviniera en los asuntos de Roma, y prevaleció el monstruoso principio de no intervencion. Acerca de esto, una carta de Berlin hace las siguientes consideraciones:

M. de Benningsen, diputado hano-veriano y luterano frácmason, es quien más ha contribuido á la votacion del Parlamento de Berlin. Las razones mezquinas y egoistas de este orador fueron en vano rebatidas con grande elocuencia por Mons. Augusto Reichensperger de Colonia, y por el ilustre Obispo de Maguncia, Mons. Ketteler. El odio al Catolicismo y las antiguas pasiones de los hijos de Lutero y de Calvino, han prevalecido de tal modo, que la causa católica alemana la de más de quince millones de almas, ha sido vencida y solemnemente abandonada.

No vacilo en decir que la votacion del 30 Marzo causará impresion profunda en Alemania, y que está preñada de consecuencias que es fácil prever desde ahora. Una de las principales será la tibieza y el desafecto que vá á producir en las poblaciones católicas de las orillas del Rin y del Mediodía. Ahora bien, en

este momento nada puede ser mas fatal para el imperio aleman, nada puede entorpecer y paralizar mas la constitucion real y sólida de la unidad alemana. No basta hacer proclamar esta unidad por profesores de las universidades, ni coronarla en Versalles, en el palacio de Luis XIV; lo esencial es sellarla, consolidarla politicamente.

Lo repito, con su votacion de ayer el Parlamento ha causado un daño mas considerable á la unidad imperial alemana que el que podrian causarle todos los ataques y esfuerzos del federalismo y el republicanismo reunidos, pues arroja á los católicos á la oposicion, al aislamiento y á la desconfianza, y coloca además al emperador Guillermo en una situacion muy delicada. Sabido es en efecto que este soberano habia manifestado á los prelados católicos que en diferentes ocasiones le hablaron del Estado de cosas en Roma, que cuando hubiese terminado la guerra con Francia se ocuparia en los intereses católicos en Italia y especialmente de la garantia que conviene darles en materia de independencia pontificia. Esta es la impresion que habian producido en el ánimo de dichos Prelados sus conversaciones con el emperador aleman, y esta es especialmente la que habia comunicado á sus correligionarios monseñor Ledóchowski, Arzobispo de Posen-Gnesen, que en el último invierno habia ido á petición del Cardenal Antonelli al campamento de Versalles....

Por terrible que sea la derrota que acaban de sufrir en la Cámara prusiana, los católicos de Alemania no desmayarán sin embargo y supuesto que les abandonan los Gobiernos, redoblarán su valor y su fé y pedirán con mas fervor que nunca á Dios que haga brillar por fin la luz de su justicia en las tinieblas que cubren hoy á Roma. Así, pues, se anuncian en todas partes próximas peregrinaciones é imponentes y piadosas manifestaciones populares.

En medio de las iniquidades revolucionarias de Paris, no faltan demostraciones piadosas, y las iglesias están muy concurridas. Los Sacerdotes presos

que recobran su libertad, son recibidos en triunfo por sus feligreses. Refiriéndose al párroco de San Eustaquio, dicen de París:

“El párroco de San Eustaquio, por quien han acudido á rogar un inmenso número de sus feligreses pertenecientes á todas clases, condiciones y partidos, ha sido puesto en libertad. Ayer, á la hora del oficio, hubo en la iglesia de San Eustaquio una verdadera demostracion. Al subir el párroco al púlpito para pronunciar una breve plática alusiva á la fiesta, las señoras han agitado sus pañuelos y los hombres han levantado en alto sus sombreros. Ha sido una escena de todo punto nueva y significativa.”

El día 12 de Abril, aniversario del triunfo de Pio IX, se celebró en Roma con toda la solemnidad posible en estas tristes circunstancias, es decir, en los templos y en el Vaticano. Los templos estuvieron llenos de fieles todo el día, siendo numerosísimas las comuniones, y hácia el mediodía, centenares de carruajes condujeron al Vaticano la flor de la población romana.

Al salir el Papa de sus habitaciones, encontró las inmensas antecámaras y galerías henchidas de gente, ansiosa de demostrar al gran Pontífice su amor ferviente, y su fidelidad inquebrantable.

Las señoras de la aristocracia le pidieron una audiencia, que les fué concedida, y en ella le presentaron un cariñoso mensaje y una magnífica colgadura de precioso trabajo, destinada á decorar el balcon del Vaticano, desde el cual dá el Papa la bendicion el día de Pascua.

El Papa se ha trasladado de sus habitaciones ordinarias que dan al Mediodía y Oriente por el lado de la ciudad á las habitaciones interiores que caen al patio del Belvedere y los jardines, y que ocuparon Papas del período del Renacimiento: Inocencio VIII, Alejandro VI, Paulo III, Julio II, Leon X, Adriano VI y Clemente VII.

Pio IX tiene aun tiempo y energía suficiente para dar audiencia todos los días á cincuenta personas, á los profesores de los colegios de niños, á las maes-

tras de las escuelas de niñas, á estas niñas, á quienes da dulces, á sus madres, á quienes distribuye rosarios y bendiciones, á las comisiones austriacas, americanas é inglesas y á los católicos de todos los países. Un anciano que hace esto no es un hombre ordinario.

VARIEDADES.

VERDADES Y MENTIRAS.

—¿Qué es la gloria?—Una ilusion.
 —¿La felicidad?—Mentira.
 Fantasma tras el que gira
 El humano corazon.
 —¿Y el placer?—Es tan fugaz
 Que solo un momento dura.
 —¿Y qué es la ambicion?—Locura
 Que roba al hombre la paz.
 —¿La nobleza?—Vano orgullo
 Que se cifra en un papel.
 —¿Los honores?—Oropel.
 —¿Y la fama?—Es el arrullo
 Con la que duerme el talento.
 —¿La esperanza?—Un ideal.
 —¿Y la pasion?—El cristal
 Que retrata el sentimiento.
 —Y qué es la fé?—Firme peñon
 Donde la impiedad se estrella.
 —¿Y el escándalo?—La huella
 Que deja una mala accion.
 —¿La fortuna?—Es una loca
 Y tan injusta, que á veces
 A pícaros favorece,
 Y contra los buenos choca.
 —¿Qué es el trabajo?—El cimiento
 De la riqueza social.
 —¿Y el ejemplo?—Es la moral,
 Que se pone en movimiento.
 —¿Qué es la belleza?—Una flor
 Que dura tan solo un día.
 —¿Y el amor?—Es la poesia
 Del alma de un soñador.
 —¿Qué es la envidia?—Vil gusano
 Que escupe hiel y veneno,
 Y oculto entre el bajo cieno
 Hierde en la sombra villano.
 —¿Y el desengaño?—Es la roca
 Do la dicha se deshace;
 Es en sí un dolor que nace,
 Y un placer que se sofoca.

—¿Qué es odio?—Sentir aleve
Que veneno y hiel rebosa.
—¿Y la riqueza?—La diosa
Es del siglo diez y nueve.
—¿Y el renombre?—Aspiracion
Del corazon del mancebo.
—¿Y qué es el aplauso?—El cebo
Que alimenta la ambicion.
—¿La modestia?—Es ya tan rara
Que es muy dificil el verla.
—¿La honradez?—Es una perla
En la que nadie repara.
—¿La resignacion?—Da calma
En el acerbo dolor,
Bálsamo es consolador
Que cura heridas del alma.
—¿La calumnia?—Es baja y vil
Que se ceba en la honra ajena,
Traidora como la hiena,
Rastrera como el reptil.
—¿La inocencia?—Es flor bendita
Que crece fuera del mundo,
Con cuyo hálito inmundo
Palidece y se marchita.
—¿Qué es la educacion?—Sustento
Del edificio social.
—¿Y el oro?—Es gérmen del mal
Y de crímenes sin cuento.
—¿La vergüenza?—Hoy su rubor
No se vé; por lo que fundo,
Que ó no existe ya en el mundo,
O ha mudado de color.
—¿Qué es el juego?—Es la pendiente
Que hasta el crimen precipita.
—¿Que es el deber?—Ley escrita
Por Dios en la humana mente.
—¿Castidad?—Flor que se eleva
Y abrasa el mundano sol.
—¿Qué es la desgracia?—El crisol
Donde la virtud se prueba.
—¿La caridad?—El consuelo
Del que en la miseria gime;
Es una virtud sublime,
Cuyo origen es del cielo.
—¿La hipocresía?—Siempre en pos
Del engaño virtud miente,
Y engañando así á la gente
Pretende engañar á Dios.
—¿Qué es la Religion?—Señuelo
Que la virtud nos indica;
Y á Dios nos identifica
Y nos sublima hasta el cielo.

Arcadio García Gonzalez.
(Católico Salmantino.)

Visita de la Côte de María en la
presente semana.

—
Dia 29.—Ntra. Sra. del Rosario, en
San Nicolás y Sta. María.

Dia 30.—Ntra. Sra. del Consuelo, en
las Monjas Agustinas.

Dia 1.º.—Ntra. Sra. de la Asuncion,
en Sta. María.

Dia 2.—La Purísima Concepcion, en
San Nicolás y Sta. María.

Dia 3.—Ntra. Sra. de la Soledad, en
Santa María.

Dia 4.—Ntra. Sra. del Sufragio, en
Sta. María.

Dia 5.—Ntra. Sra. del Populo, en
San Nicolás.

CULTOS RELIGIOSOS.

Iglesia Colegial.—Mañana 30 em-
piezan los ejercicios del mes de María, á
las seis de la tarde, predicando en este
dia el canónigo D. Mariano Fullá y en
los siguientes D. Casiano Quiles, canó-
nigo, D. Vicente Morell, teniente cura;
D. José Juliá, capellan de las Agustinas;
D. Andrés Oliver, teniente cura y don
Florentino de Zarandona, canónigo.
Toda la semana las misas y oficios de
ordinario.

Iglesia de Santa María.—El domin-
go próximo á las siete de la mañana,
comunion general de niños, misa, ser-
mon y procesion.

En los demas dias los oficios acostum-
brados.

Iglesia de las Monjas Capuchinas.
—El viernes 5 de Mayo, los ejercicios
del Sagrado Corazon de Jesús.

En S. Francisco, Parroquia de la Mi-
sericordia y Agustinas, los oficios y
funciones de costumbre.

